

# Lucía Gevert: "El Puma"

Se inicia el libro con un alegre descubrimiento. Es de noche. Van cesando todos los ruidos. La autora siente como se ha ido el día y ya están las sombras invadiendo las cosas. De repente, algo extraño pasa. Una luz inesperada invade el cuarto, el mundo, el pensamiento de la mujer, que no se move, y está atenta a aquello que ocurre tan de repente y es mensajero de una dicha muy íntima. Toda esta vez, nada ha cambiado, al parecer, y sin embargo la vida abre un paisaje nuevo, se entra por él con regocijo que ninguno iguala, se está delante de un sinúmero de seres que se le entregan, no le ocultan sus secretos ni mucho menos su esperanza de que los reciba y haga suyos.

La escritora ha comprendido que no se trata de un sueño. Todos esos seres son personajes que se ponen a su servicio. De ella dependerá que vivan y tengan un destino. Sólo bastaría quererlos, sentirlos, comprenderlos claramente, identificarse con ellos de manera que autor y personaje no sean sino uno solo.

Esta identificación ha sido solidar tan intensa que de inmediato se recuerda el caso de Plautert, "Mis personajes imaginarios adoptan mi forma —le escribe a Talie en una carta—, me percogen o, por mejor decirlo, soy yo quien está en ellos. Cuándo escribi el envenenamiento de Emma Bevary, tuve en la boca el sabor del arsénico con tanta intensidad, me sentí yo mismo tan auténticamente envenenado, que tuve dos indigestiones, una tras otra, dos verdaderas indigestiones, que llegaron a hacerme vomitar toda la cena". No se traja, claramente, de un estado de alucinación. Es una visión poética, una actividad creadora que le da un vuelco a la vida para beneficio del escritor, que empieza a conocerse en profundidad a cada nueva aparición de personaje que viene a pedirle que de su vida de autor le entregue la porción necesaria para vivir realmente su existencia imaginaria en este novela.

El descubrimiento de Lucía Gevert, si la entrada de su libro, ha sido esta posibilidad de identificación. De este modo se adquiere y fortifica la facilidad no sólo de imaginar lugares, personas y cosas, sino de insuflarles el aliento vital que nos resulta indispensable a nosotros los lectores, para que nos encontremos entre ellos y con ellos tan naturalmente como en la vida cotidiana. Dicho de sentirse multiplicada, confiesa con buena conciencia de autor que va a escribir un libro: "Una buenasventuranza me invadé paulatinamente. Es poder comprender, de repente, lo que otros piensan, lo que sienten y por qué actúan en determinados momentos de determinadas maneras. Puedo ser Pedro o Cecilia; estar en una tormenta o persiguiendo a un peltroso asesino; puedo ser Pablo o don Onías; cazador de

pumas o de avestruces; puedo percibir problemas internos de algún muchacho desorientado o viajar acompañando a unas jóvenes por los desiertos portenos; puedo ir a la playa o a la cordillera, ser campesino o aviador; en fin, puedo pertenecer un poco a toda la humanidad".

Las palabras son justas. Ahora bien: ésta innumerable ubicuidad, ésta omnisciencia muy linda no se conquista de la noche a la mañana por un acto de fuerte voluntad. Una imaginación desbordeamente optimista no consigue realizar tan agradable milagro. Un escritor, para ser ubicuo y omnisciente de manera que nos convenga a todos, necesita un arzento, interrumpiendo apretadamente. Ha de vivir tratando de conocerse y de conocer a los otros. Seguramente es la más difícil de las ciencias. Una fuerte vocación literaria predispone a una generosa cacería de tales conocimientos. Lucía Gevert al descubrirse espaciada para las más abundantes y distíllas identificaciones, se galardaba gozosamente el don literario, la fuerza para crear mundos posibles, el amor —que se lleva en la sangre— de contar cuentos.

En este libro se relatan sobriamente quince historias. En cada una de ellas, hay una ausencia perfectamente definible: la de la frase vacía, la del adorno que busca perjudicante efecto. La de la retórica ostentosa. Y hay, en cada una, sin excepción, una presencia celebrada: la observación precisa de personas de toda edad y condición —niños, especialmente—, la descripción breve, recta, de paisajes inconfundiblemente chilenos, y el desarrollo bien medido de los hechos. En ningún instante hace agujas cabriolas la fantasía. Lucía Gevert le tiene dominada. Lo que se ha propuesto es relatar algunos cuentos que si ya no han sucedido en la vida real, en cualquier momento pueden suceder. El realismo es evidente. Todo converge a un mismo propósito: dar vida auténtica a hombres, mujeres y niños que habitan en nuestros campos y en ellos encuentran cuanto les resulta indispensable para buenos y malos sueños: lúdicas esperanzas, caríños, amores, sufrimientos, sensaciones que dejan una huella, emociones que nubren días y noches de pensar a solas. Uno de los cuentos, "El puma", que da título al volumen —muy bien ilustrado, por lo demás por Palazzellos, uno de los buenos ilustradores de Zig-Zag—, está hecho con la medida, la propiedad y el interés a que siempre tendieron nuestros mejores criollos. Lucía Gevert, con esta obra que, seguramente, no pretende sino entretenerte —lo cual consigue de manera cabal, pues está destinada a gustar a chicos y a grandes— avanza por nuestra literatura femenina con ademán tan alegre y confiado que, merecidamente, no podemos sino desechar que la acojan en un lugar grato, visible, protegido de malos vientos.

## Lucía Gevert, "El puma" [artículo].

Libros y documentos

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

Lucía Gevert, "El puma" [artículo].

### FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)